

Reanudamos nuestras crónicas gijonesas, aunque en esta nueva etapa les hayamos dado un nuevo título por aquello de la necesidad de una renovación. «Gijón, 7 días» nace bajo la firma de un joven profesor radicado en la villa de Jovellanos y que tiene gran experiencia profesional. M. Campa es un hombre agudo, ingenioso, constante, independiente y con buen olfato periodístico. Su talante es polémico, pero no agrío, y una de sus más acusadas virtudes como comentarista tal vez sea retranca de su estilo cuya raíz habría que ir a buscar a las brañas, en el alma de sus antepasados vaqueiros.

M. Campa no es una firma nueva en ASTURIAS SEMANAL puesto que en diversas ocasiones, y por distintas causas, había aparecido ya en nuestras páginas, precisamente en una de sus intervenciones salió apasionadamente a la palestra en defensa de sus gentes vaqueiras.

Las nuevas crónicas gijonesas traerán aquellos temas que por su interés y por el interés que han despertado en la opinión pública gijonesa, merecen comentario y dedicación especiales.



## EL COLEGIO UNIVERSITARIO Y EL COMETA «KAKAHUET»

El solar del futuro Colegio Universitario con el cometa «Kakahuet» han sido los objetos más veces aludidos en la prensa local de los últimos meses, con cierta ventaja para el invisible cometa, que incluso ha dado nombre al año 1973 en un libro de un destacado periodista gijonés.

Que dos objetos físicos invisibles y como inexistentes hayan servido de base a tanto comentario requiere, al menos, un intento de explicación. Porque debe comenzarse por reconocer que la ubicación del Colegio Universitario, que en otras latitudes ha sido un problema de solución fácil, resulta aquí, al cabo de un año de gestiones y comentarios incesantes, tan invisible como lo ha sido el famoso cometa «Kakahuet». Quiéren decir estas alucinaciones que nos hallamos a una distancia astronómica —literalmente— de encontrar solución a los problemas que verdaderamente acucian a la ciudad. ¿Será verdad, como señalan algunos sociólogos, que cuando se rompe el equilibrio estético del entorno urbano surgen en los ciudadanos el gusto por el exotismo y los fenómenos lunáticos?

El tema de la ubicación del Colegio Universitario trae cola, y mayor, ciertamente, que la del cometa «Kakahuet». Tendríamos que remontarnos a los años del estraperlo para buscar el origen de algunos malos hábitos que dieron al traste con un posible desarrollo normal de la ciudad. O, quizá, incluso a tiempos anteriores, cuando la villa se vio desmembrada en luchas entre patronos y sindicatos anarquistas. Se ha constatado ya repetidas veces la correspondencia entre el grado de voracidad de las clases más pudientes y el florecimiento anarquista. Pero esto es ya historia pasada.

Como es sabido, desde un principio el Ayuntamiento gijonés dirigió sus pasos a situar el Colegio Universitario en terrenos

de la Universidad Laboral. Durante el último verano, incluso se dio a la prensa la noticia ofiiosa de que el Colegio Universitario funcionaría en el edificio de Cabueñes donde cursan estudios los hijos de los trabajadores. Los ediles gijoneses contaban entonces con un fuerte apoyo en las alturas y pretendían crear un estado de opinión favorable al proyecto mediante la noticia que luego resultó ser un bulo. Pero el intento no prosperó; se perdieron esos apoyos en las alturas con los trágicos sucesos de diciembre y, a partir de entonces, las pretensiones se volvieron más modestas: no se trata ya de invadir el edificio, sino solamente de una parte de los terrenos. Parece, en principio, discutible que si hay unos prados sin utilizar actualmente, propiedad de las Mutualidades Laborales, sirvan de solar al Colegio Universitario, en igualdad de condiciones con las fincas colindantes, siempre que se trate de una situación idónea. Pero el asunto cambia totalmente de sentido si se plantea la cuestión de por qué los terrenos de Cabueñes, propiedad de las Mutualidades Laborales, no han sido totalmente utilizados cuando tuvo lugar la edificación de la Universidad Laboral. Según ha quedado constancia en el Juzgado y es sabido por todos, hubo entonces algún intermediario entre el presupuesto y las nobles piedras del edificio. Hoy, esto ha pasado a ser una anécdota minúscula, en comparación con algunos escándalos financieros posteriores. Pero el hecho existió y fue suficiente para que la gran obra no alcanzara su techo. Alguna mala lengua gijonesa afirma haber visto en algún chalet de Somió unos materiales de construcción tan similares a los empleados en el gran edificio de Cabueñes, que de haber sido contemplados por Leibniz no hubiera podido éste formular el principio de los «indiscer-

nibles». De suerte que ahora resultaría una broma excesivamente pesada que pudieran obtener el beneficio de esos terrenos algunas personas que antes impidieron la culminación de las obras.

Yo siento discrepar de quienes sostienen que Cabueñes es el emplazamiento ideal del futuro Colegio Universitario, aunque comprendo que caída bajo la especulación una parte del espacio que correspondía a todos los gijoneses, las miradas se vuelven hacia el único terreno salvado, hasta el momento, de esa calamidad que ya asoló a la villa.

Pero, la ubicación idónea del Colegio Universitario no son los terrenos de la Universidad Laboral, cuyo uso debe corresponder —¿qué menos?— exclusivamente a los hijos de los trabajadores, sino alguna finca de Somió, mejor orientada hacia el sol, propiedad de quienes se enriquecieron a costa del espacio que hoy debiéramos poder disfrutar todos los que vivimos en Gijón. Aunque me temo que esta sugerencia mía resulte, igualmente, tan invisible como ha sido aquí el cometa «Kakahuet».

### DE SOCIEDAD

De arribada forzosa, y procedentes de una insula castellana, acaban de llegar a nuestra ciudad los restos políticos de uno de los más calificados testigos del desastre urbanístico gijonés. Relatar todo esto con pormenores requeriría que nos remontásemos hasta los orígenes de la monarquía asturiana. Se dice que, para no ser menos que otros «ex», nuestro ilustre convecino escribiría también un libro. Naturalmente, el título suponemos que será algo así como: «El día que mataron al rey Favilla».

M. CAMPA

27-4-1974 XVII